

tinguió, entre los antiguos, tres géneros de teología: la natural, la civil y la poética. La primera era la que existía en la mente de los sabios, la segunda regia la religion de los pueblos, la tercera era invencion de los poetas. Y de todas tres, sola la primera tenían por verdadera los filósofos. La distincion de las dos primeras, ya Aristóteles la habia apuntado en el libro xii de los *Metafisicos*, capítulo xii, donde dice que en las opiniones comunicadas de los siglos antecedentes, en orden á los dioses, habia unas cosas verdaderas, otras falsas, pero inventadas para el uso y gobierno civil de los pueblos: *Cætera verò fabulosè ad multitudinis persuasionem*, etc. Es verdad que, aunque aquellos filósofos no sentían con el pueblo, hablaban en lo comun con el pueblo, que lo contrario era muy arriesgado; porque á quien negaba la pluralidad de dioses le tenían, como le sucedió á Sócrates, por impío; con que, en la voz del pueblo estaba todo el error, y en la mente de pocos sabios se encarcelaba lo poco ó mucho que habia de verdad.

Ménos aún se puede oponer á la moral evidencia que presta á la credibilidad de nuestros misterios el consentimiento de tantos hombres, á todas luces grandes, el decir que también entre los herejes hay y ha habido muchos sabios; porque estos padecen dos gravísimas excepciones. La primera es, que la doctrina no fué acompañada de la virtud. Entre los heresiarcas apenas hubo uno que no estuviese manchado con vicios muy patentes. Entre los que los siguieron, ni los mismos parciales reconocen alguno de santidad sobresaliente. Uno ú otro, que se quisieron meter á profetas, fueron la risa de los pueblos, al ver falsificadas sus profecias, como sucedió en nuestros tiempos á monsieur Jurieu, cuyas erradas predicciones aún hoy son oprobio de los protestantes. La segunda excepcion es, que entre esos mismos herejes doctos falta el consentimiento: *Unusquisque in viam suam declinavit*. Tan léjos van de estar unos con otros de acuerdo, que ni aún lo está alguno de ellos consigo mismo. Es materia de lástima y de risa ver en

sus propios escritos las frecuentes contradicciones de los mayores hombres que han tenido, y esto en los artículos más substanciales. Este fué el gran argumento con que azotó terriblemente á todos los herejes el insigne obispo meldense, Jacobo Benigno Bosuet, en su *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes*. Duélome mucho de que esta maravillosa obra no esté traducida en todas las lenguas europeas; pues ni aún sé que haya salido hasta ahora de el idioma frances al latino, cuando otros libros inútiles, y aún nocivos, hallan traductores en todas las naciones.

No obstante todo lo dicho en este capítulo, concluiré señalando dos sentidos, en los cuales únicamente, y no en otro alguno, tiene verdad la máxima de que la voz de el pueblo es voz de Dios. El primero es, tomando por voz de el pueblo el unánime consentimiento de todo el pueblo de Dios; esto es, de la Iglesia universal, la cual es cierto no puede errar en las materias de fe; no por imposibilidad antecedente, que se siga á la naturaleza de las cosas, sí por la promesa que Cristo la hizo, de su continua asistencia y de la de el Espíritu Santo en ella. Dije *todo el pueblo de Dios*, porque una gran parte de la Iglesia puede errar, y de hecho erró en el gran cisma del Occidente; pues los reinos de Francia, Castilla, Aragon y Escocia tenían por legítimo papa á Clemente VII; el resto de la Cristiandad adoraba á Urbano VI; y de los dos partidos, es evidente que alguno erraba. Prueba concluyente de que dentro de la misma Cristiandad puede errar en cosas muy substanciales, no sólo algun pueblo grande, pero aún la coleccion de muchos pueblos y coronas.

El segundo sentido verdadero de aquella máxima es, tomando por voz de el pueblo la de todo el género humano. Es por lo ménos moralmente imposible que todas las naciones de el mundo convengan en algun error; y así, el consentimiento de toda la tierra en creer la existencia de Dios, se tiene entre los doctos por una de las pruebas concluyentes de este artículo.

LA POLITICA MÁS FINA.

§ I.

El centro de toda la doctrina política de Maquiavelo viene á estar colocado en aquella maldita máxima suya, de que para las medras temporales «la simulacion de la virtud aprovecha; la misma virtud estorba». De este punto sale, por líneas rectas, el veneno á toda la circunferencia de aquel dañado sistema. Todo el mundo abomina el nombre de Maquiavelo, y casi todo el mundo le sigue. Aunque, por decir la verdad, la práctica de el mundo no se tomó de la doctrina de Maquiavelo; ántes la doctrina de Maquiavelo se tomó de la práctica del mundo. Aquel depravado ingenio enseñó en sus escritos lo

mismo que él habia estudiado en los hombres. El mundo era el mismo ántes de Maquiavelo que es ahora, y se engañan mucho los que piensan que los siglos se fueron maleando así como se fueron sucediendo. La edad de oro no existió sino en la idea de los poetas; la felicidad que fingen en ella, sólo la gozaron un hombre y una mujer, Adán y Eva, y eso con tanta limitacion de tiempo, que bien léjos de llegar á un siglo, segun muchos padres, no duró un día entero.

No hay sino revolver las historias, así sagradas como profanas, para ver que la política de los antiguos no fué mejor que la de los modernos; yo creo que fué peor. Apenas se sabía otro camino para el templo de la For-

§ II.

tuna, que el que rompía la violencia ó fabricaba el engaño. Duraban la fe y la amistad lo que duraba el interés. La religion y la justicia servían de pedestal al ídolo de la conveniencia. Ovidio y Aulo Gelio refieren, que cuando Tarquino quiso fabricar, en honor de Júpiter, el gran templo de el Capitolio, arruinó, para hacerle campo, los templos pequeños de otros muchos dioses, los cuales cedieron á Júpiter, exceptuando el dios llamado Término, que no quiso ceder; y así, se mantuvo su estatua, juntamente con la de Júpiter, en el templo capitolino:

*Terminus, ut veteres memorant, conventus in urbe
Restitit, et Magno cum Jove templa tenet.*

Esta ficcion nos descubre una verdad. El término á donde los hombres caminan es la conveniencia que pretenden; y es esta una deidad que nunca quiso ceder al mismo Júpiter; porque ya desde los tiempos antiquísimos, *ut veteres memorant*, el interés disputó preferencias á la religion.

Bien antiguo fué Polibio, y ya en su tiempo habia no uno sino muchos Maquiavelos, que enseñaban que el manejo de las cosas públicas era imposible sin dolos y alevosias: *Non desunt, qui in tam crebro usu doli mali necessarium eum esse dicant ad publicarum rerum administrationem* (1). Aun con más expresion se oye en Lucano la máxima fundamental de Maquiavelo al malvado Fotino, en la oracion que hizo al rey de Egipto Ptolomeo, para que, contra los vínculos del agradecimiento y de la palabra dada, quitase la vida al gran Pompeyo:

*Sydera terra
Ut distant, et flamma mari, sic utile recto.*

Esto es puntualmente decir que la virtud está reñida con la propia utilidad, y que es menester abandonar la justicia para negociar la conveniencia. Poco despues añade que el que se resolviere á ser piadoso y justo, se destierre voluntariamente de la córte, porque en ella solo es patrocinado el vicio.

*Exeat aula
Qui vult esse pius.*

Esta es la creencia del mundo, no sólo de algunos pocos, y lo fué en todo tiempo. Lo que estamparon en sus libros Maquiavelo, Hobbes y otros políticos infames, es lo mismo que á cada paso se oye en los corrillos: que la virtud es desatendida; que el vicio se halla sublimado; que la verdad y la justicia viven desterradas de las aulas; que la adulacion y la mentira son las dos alas con que se vuela á las alturas. Suponiendo, pues, que este sea error, debe colocarse en el catálogo de los errores comunes; y el demostrar que lo es, será el asunto de este capítulo, dando á conocer, contra la opinion del mundo, que la política más fina y más segura, aún para lograr las conveniencias de esta vida, es la que estriba en justicia y verdad.

(1) Libro xiii, *Histor.*

Confesaré, lo primero, que los que aspiran á usurpadores no pueden serlo sino por medio de maldades; porque para el término de la insolencia no hay camino por el país de la virtud. Pero ¿quién dirá que estos son políticos sutiles? Son los más ciegos y errados de todos, pues siguen una senda que está toda bañada en sangre. Poquísimos caminaron por ella, que no perdiesen ignominiosa y violentamente la vida ántes de llegar al término señalado. Apenas se ven en toda esa carrera sino hombres colgados de patibulos, troncos tendidos en cadalsos, miembros despedazados de fieras, víctimas sacrificadas á la venganza de el ofendido, en cenizas. Allá se ve, á lo último de la carrera, tal cual que llegó á la dominacion por este camino. Pero uno ú otro feliz ¿acaso contrapesa á tanto espectáculo sangriento? ¿Quién se fia á un piélago sembrado de escollos, cubierto de cadáveres y tablas, sólo porque en el espacio de muchos siglos llegaron por él al puerto deseado tres ó cuatro bajeles? Añádense á los riesgos de el naufragio los trabajos y sustos de la navegacion, pues es cierto que los que navegan por un mar proceloso, aún ántes de padecer la tormenta, llevan otra tempestad dentro del alma. Los que de particulares aspiran á soberanos, viven con afán y sobresalto perpetuo, para morir despues con ignominia; y así aquella fatiga como este riesgo se lo llevan pegados á su fortuna, aún cuando logren la empresa; porque todos los tiranos viven con susto, y rarísimo muere en su lecho. Pues ¿cómo pueden considerarse estos ni aún medianos políticos? La política, en el sentido que aquí la tomamos, es un arte de negociar la conveniencia propia. Pues ¿qué conveniencia hay en caminar por una vida trabajosa á una muerte violenta? Digo que á sujetos de tan desordenada ambicion, bien léjos de contemplarlos políticos hábiles, los debemos tener por consumados necios.

Hay, empero, entre estos, algunos, que es poco llamarlos necios; porque es razon declararlos locos rematados; y son aquellos que, aún con conocimiento de que van al precipicio, se empeñan en escalar la cumbre: genios émulos de las vanas exhalaciones, que, por brillar en la altura, consienten en ser reducidas á ceniza, y más quieren una brevísima vida en la elevacion de el aire, que larga duracion en la humildad de la tierra. Estos toman por divisa aquella empresa de Saavedra: *Dum luceam, peream*. Como resplandezca, mas que perezca. Tal fué la ambiciosa Agripina; que, cuando los caldeos la dijeron que su hijo Neron lograría el imperio, pero la habia de quitar á ella la vida, respondió animosa: *Occidat, dum imperet*: Como reine, no importa que me mate. Tal fué la inglesa Ana Bolena, que, viéndose por sus adulterios condenada á muerte, dijo con orgullo que, hiciesen lo que quisiesen con ella, no podían quitarla haber sido reina de Inglaterra; como que tenia por más dicha haber sido reina, aunque muriese en la flor de su edad con afrenta, que lograr de particular una vida larga con honra. En genios de este carácter debemos mirar con lástima, no sólo la desgracia, mas también la demencia. Y como á los que no conocen el riesgo de su ambicion, los degradamos de políticos por necios,

á los que, conociéndole, se meten en él, con más razon debemos degradarlos por locos.

§ III.

Tambien confesaré, que algunos de los políticos inicuos y dolosos lograron favorable el aire de la fortuna hasta la muerte. Filipo, rey de Macedonia y padre de Alejandro, fué feliz en casi todas sus empresas, debiendo en ellas otro tanto á sus dolos que á sus armas, igualmente favorecido de Mercurio que de Marte en sus conquistas. Y si la injusticia que hizo á Pausanias en no querer castigar la abominable torpeza, que en él violentamente habia ejecutado Attalo, capitan de Filipo, no hubiera irritado á aquel generoso mancebo de modo, que mató á puñaladas al príncipe injusto, se pudiera decir que ninguna maldad habia perjudicado á su fortuna. Cornelio Sila dió á conocer que no profesaba religion alguna, en el despojo que hizo de los templos de Grecia, haciendo juntamente con picantes motes irrisión, que bien la merecian, de sus deidades. Y aunque fué osado y hábil por extremo en la conducta de las armas, no lo fué ménos en políticas zancadillas; de modo que su enemigo Carbon decia por él que en la persona de un hombre solo se veia combatido de un leon y de una zorra, pero que más temia á la zorra que al leon. Su crueldad pasó los términos de la barbarie. Sin embargo, su felicidad fué suma: triunfó primero de los enemigos de la república, y despues de los de su persona. Ni tantos millares de muertes violentas, como de orden suya, siendo dictador, se habian ejecutado, impelieron al odio público ó privado para hacer con él otro tanto; aunque su muerte natural fué peor que ninguna de las violentas, pues rindió la vida convirtiéndosele sucesivamente todas las carnes en una copia increíble de piojos.

La Inglaterra nos ofrece, en los tiempos próximos, dos políticos malvados, pero felices: el primero fué Roberto Dudley, conde de Leicestre, valido de la reina Isabela, y tan valido, que esperó darle la mano de esposo, lo que fué ocasion de una de sus mayores maldades, pues mató á su propia mujer para remover este estorbo y habilitarse á aquella dicha. Halagóle siempre fiel la fortuna, haciéndole, hasta su muerte, dueño de la inclinacion de aquella reina, á quien habia puesto en cadenas con la festividad de su doméstica facundia y con la gentileza de la persona; de modo que aun dura la presuncion de que, ya que no consiguió la propiedad de esposo, logró el usufructo. El segundo fué Oliverio Cromwell, tirano de Inglaterra, debajo del nombre de protector, y agente principal en la muerte de su rey Carlos I; atentado tan horrible, por la circunstancia de haberse erigido en jueces suyos sus propios vasallos, instruyendo proceso y dando sentencia con todas aquellas formalidades, que se estilan con cualesquiera reos, que no tuvo ejemplo hasta ahora en el mundo. Hizose el insulto mayor por querer sacarle, con pretexto de las leyes, de la esfera de insulto. Y tanto se infamó en aquel lance la nacion inglesa, que el más noble de todos fué entónces el verdugo de Lóndres, á quien, ni con promesas ni con amenazas, pudieron reducir á ser ejecutor de la sentencia. Autor de maldad tan enorme Cromwell, y de otras

muchas, aunque inferiores, no sólo reinó despues absoluto todo el resto de su vida en la Gran Bretaña, pero en fuerza de su incomparable sagacidad, vino á ser como árbitro de toda Europa (1).

Estos ejemplos hay, y bien pocos más se hallarán, de políticos perversos que fueron constantemente felices. Pero de qué sirven tales ejemplos? ¿Tendremos por eso por políticos finos los que siguieren el mismo rumbo? No, sino por insensatos. Es suma falta de juicio fundar las esperanzas sobre uno ú otro suceso singularísimo, y no sobre lo que comunmente acaece. Porque alguno halló alguna vena de oro cavando la tierra, ¿no será en mí locura ocuparme en abrir pozos por los cerros? Esta es la locura de los alquimistas. Porque dos ó tres hallaron la piedra filosofal (si todavía alguno la halló), son infinitos los que, por buscarla, consumieron la hacienda y la vida. En esas rarísimas dichas, en que estriba la esperanza de indiscretos ambiciosos, intervinieron tambien rarísimos accidentes, cuyo concurso ninguno en particular puede prudentemente esperar á su favor. Fueron tambien esos pocos felices, ayudados de unas rarísimas prendas, en fuerza de las cuales, si fueran por el camino de la virtud, con más sosiego hubieran arribado á la felicidad; que fué lo que dijo Tito Livio de Caton el mayor: *In illo viro tantum robur corporis et animi fuit, ut quocumque loco natus esset, fortunam sibi facturum videretur.*

§ IV.

Aun prescindiendo de los innumerables escollos en que tropieza la ambicion, cuando camina al fin por medios infames, especialmente si pone muy alta la mira, siempre es política más segura llevar la pretension por el camino de la justicia y de la verdad. El canciller Bacon, que fué tan gran político como filósofo, dividió la política en alta y baja. La política alta es la que sabe disponer los medios para los fines, sin faltar ni á la veracidad, ni á la equidad, ni al honor. La política baja, aquella cuyo arte estriba en ficciones, adulaciones y enredos. La primera es propia de hombres en quienes se junta un corazon generoso y recto con un entendimiento claro y juicio sólido. De hecho (dice el autor citado) casi cuantos políticos eminentes ha habido fueron de este carácter: *Sanè ubique reperias homines rerum tractandarum peritissimos, omnes ferè candorem, ingenuitatem, et veracitatem in negotiis præ se tulisse.* La segunda es de sugetos en quienes bastardea ó el entendimiento ó la voluntad: ó el entendimiento es de tan escasa luz, que no muestra otra senda para el fin deseado, sino la de la trampa; ó la voluntad está tan destem-

(1) Estoy cierto de que no sólo en Nicolao Sandero, mas tambien en otro autor (aunque no me acuerdo quién) leí, que Roberto Dudley cometió la horrible maldad de matar á su mujer con la esperanza de dar la mano á la reina Isabela. Tengo, sin embargo, motivos para dudar de la verdad del hecho. Acaso Sandero fué el único original de donde otros copiaron la noticia, y Sandero estaba poseído de una gran disposicion para creer todo el mal que oia de los enemigos de la religion católica, como algunos de los mismos autores católicos conocen. Es muy laudable su ardiente celo por la religion, pero no siempre fué laudable el uso que hacia de ese celo. Los herejes, por serlo, no pierden el derecho natural, para que no se les atribuyan, como ciertos, delitos ó falsos ó dudosos

plada, que sin repugnancia echa la mano de lo inhonesto, como lo considere útil, ó, lo que más creo, en una y otra potencia está el vicio.

Una y otra política se ven, como en dos espejos, en dos emperadores que se sucedieron inmediatamente uno á otro: Augusto y Tiberio. Augusto fué abierto, cándido, generoso, constante en sus amistades, fiel en sus promesas, ajeno de todo engaño. En una vida tan larga como la suya no se encuentra la menor alevosía. ¿Qué digo alevosía? Ni aun la más leve falacia. Tiberio, al contrario, fué engañoso, falso, sombrío, disimulado. Jamas en él estuvieron de acuerdo el pecho y el semblante; siempre sus palabras anduvieron encontradas con sus designios. Cuál de estos dos fué mayor político? Tácito lo decide, cuando en Augusto engrandece la perspicacia, en Tiberio la cautela. En este reconoce alta disimulacion, en aquel suprema capacidad. Así induce á Muciano, animando á Vespasiano contra Vitelio: *Non adversus Augusti acerrimam mentem, neque adversus Tiberii cautissimam senectulem insurgimus.*

Yo siempre tendria por el mejor político de todos aquel que, contento con la mucha ó poca fortuna que le dió el cielo, no quiere meterse en los tráfigos del mundo; en el mismo sentido que se dice que lo mejor de los dados es no jugarlos, salvo que por su oficio le toque el manejo público. Con todos los particulares habla aquel admirable dístico de no sé qué poeta antiguo:

*Mille superba pati fastidia, spemque caducam
Despice, vive tibi cum moriare tibi.*

No por eso son de mi gusto aquellos que llaman buenos, hombres inútiles para todo, por quienes se dijo el adagio italiano: *Tanto buon, che val niente.* Y es como si dijéramos en español: «Es tan bueno, que para nada es bueno.» Mucho ménos apruebo aquellos genios aislados, que sólo son para sí mismos. Es baja de ánimo, dice excelentemente Bacon, dirigir todas las acciones á la conveniencia propia, como á centro suyo: *Centrum planè ignobile est actionum hominis cujusquam commodum proprium.* El hombre es animal sociable, y no sólo por las leyes, mas aun por deuda de su propia naturaleza, está obligado á ayudar, en lo que pudiere, á los demas hombres, especialmente al compañero, al vecino; más que á todos, á su superior y á su república. Decia Plinio que los genios inclinados al beneficio y alivio de los demas hombres tienen no sé qué de divinos: *Deus est mortali juvare mortalem.* Los que se atienden solo á sí mismos, ni aun se pueden llamar humanos.

§ V.

Lo que dicta la razon es, ni meterse en los negocios, ni negarse obstinadamente á ellos en caso de reconocerse con aptitud. Si por este lado se pudiere hacer fortuna, ni buscarla, ni resistirla; y esto, especialmente, porque se interesa mucho el público en que se coloquen en los empleos hombres bien intencionados. Pero, suponiendo que la doctrina que damos en este capítulo no es para hombres tan moderados, ántes para aquellos que adolecen algo de el achaque de ambiciosos, y que estos no quieren leer documentos morales, sino políti-

cos, prosigamos en el paralelo de los dos rumbos por donde se puede hacer fortuna, ó manejar la que ya se posee.

Todo cuanto puede desearse con racionalidad, se puede conseguir sin dispendio de el honor. Una índole despejada, acompañada de perspicacia y cordura, siempre halla camino por donde arribar al término que pretende, sin torcer la rectitud de lo honesto hácia el rodeo de lo doloso. El ser fiel en la amistad, sincero en el trato, tan léjos está de perjudicar, que ayuda mucho; porque con esas partidas se gana la confianza y el cariño de quien puede darle la mano ó servirle de instrumento. El desinterés y el amor de la justicia negocian el amor de muchos y la veneracion de todos. Franquear con modesta osadía el corazon en todas aquellas materias, que no fian á su custodia ó el dictámen de la prudencia, ó la ley del sigilo, tiene, respecto de los sugetos con quienes se trata, un atractivo muy poderoso. Aunque esto tal vez ocasione á este ó á aquel, que es de opuesto dictámen, algun disgusto, se recompensa con grandes ventajas, con el concepto que imprime de un pecho noble y sincero: el disgusto pasa, y el concepto queda. De hecho, estas almas transparentes, cuando á la claridad de el genio se agrega la de el discurso, son las que sin fatiga suben á la mayor altura. El teatro de la naturaleza apunta en esta parte lo que pasa en el teatro de la fortuna. Los cuerpos diáfanos y brillantes son los que ocupan lugar mas elevado en la estructura del orbe; los sombríos, opacos y oscuros, el más humilde.

El que se halla asistido de una prudencia pronta, de una intencion recta, de una lealtad constante, con las demas dotes que hemos señalado, no ha menester estar pensando siempre en los medios con que puede mejorar sus cosas. Apéles, que en todo lo demas celebraba al famoso pintor Protógenes, le ponía el defecto de que no acertaba á levantar la mano de la tabla; lo que muestra, dice Plinio, que muchas veces la nimia diligencia daña: *Documento memorabili nocere sæpè nimiam diligentiam.* Como se halle nuestro político en teatro donde se vean sus prendas, sin pensar en ello, se le vendrán á la mano las oportunidades. Puede ser que llegue á emparejar con él en el ascenso el pretendiente torcido y oficioso, pero será á costa de mucho mayor trabajo. A la misma eminencia donde se anida la generosa águila, puede arribar la astuta culebra; pero con cuánta fatiga! No hay figura más propia de un político bajo. El movimiento ladeado y oblicuo con que camina, señala el dolo con que procede; el pecho pegado á la tierra, la adherencia al interés propio, el cuerpo con varias inflexiones doblado, el ánimo torcido, y el veneno que esconde, la mala intencion que oculta. Oh sabandija! ¿Cuánto te cuesta mejorar de puesto, sólo porque eres sabandija! Entre tanto la águila, con descansado vuelo, se suele poner en la cima de el Olimpo.

§ VI.

No es esta la mayor desigualdad que hay: la más señalada consiste en la diferente seguridad de una y otra fortuna. El político torcido, así mientras busca la dicha, como despues que la consigue, está sumamente

arriesgado. Es imposible, ó casi imposible, que no se descubran sus marañas cuando le acechan tantos émulos. Y descubiertas, como ese es el cimiento de toda la fábrica, no tarda un instante la ruina. Es muy difícil, dice el padre Famiano Estrada, dejar de caer luego el que, estribando en suelo resbaladizo, es impelido de el movimiento de otros muchos: *Difficile est in lubrico stare diu, quem plures impellunt*. Este es el estado de un político doloso. Camina por una senda muy resbaladiza y que está toda sobre falso. Los que trabajan por derribarle son todos aquellos que, ó envidian su fortuna, ó aborrecen su malicia; que es lo mismo que decir que tiene por enemigos á los malos y á los buenos. ¿Cómo puede mantenerse mucho tiempo? Caerá sin duda; y lo comun es hacerse pedazos en la caída, que es lo que cantó con energía Claudiano:

*Jam non ad culmina rerum
Injustos crevisse queror: tolluntur in altum
Ut lapsu graviore ruant.*

El político recto nada se arriesga en el camino y tiene poco que temer en el término. Cuanto más descubran sus fondos, está más seguro. Tiene menos enemigos que el otro, porque solo pueden serlo los malos. En caso que le derriben, no es precipicio violento, sino caída blanda. Su inocencia, por lo ménos, le asegura la vida, y lo más que le puede suceder es reducirse á su antiguo estado. Lo comun es que ni eso logran los mal intencionados, y vienen á herir en ellos, por reflexión, todos sus tiros, ocasionando tal vez mayor gloria al acusado; á cuyo propósito me ocurre la historia de un político recto, aunque infiel en cuanto á la religion, que trae Tabernier en sus *Viajes*, y, por ser reciente y dulce, referiré aquí brevemente:

Mahomet Alibeg, mayordomo mayor del rey de Persia, al principio de el siglo pasado, subió á tan elevado puesto, desde el humilde estado de pobre pastorcillo. Un día que aquel rey andaba á caza le encontró tañendo la flauta y guardando cabras en el monte. Por diversion le hizo algunas preguntas, y prendado de la vivacidad y agudeza con que respondió el niño, se le llevó consigo á palacio, donde habiendo mandado instruirle, la rectitud de su corazon y claridad de su ingenio ganaron la inclinacion del Rey, de modo que elevándole prontamente de cargo en cargo, vino á colocarle en el que ya dijimos, de mayordomo mayor. Su integridad inflexible al atractivo de los presentes, cosa muy rara entre los mahometanos, concitaron contra él poderosos enemigos, pero sin atreverse á intentar hostilidad alguna, por verle tan dueño de el ánimo de el soberano, hasta que, muerto éste, y entrando el sucesor, que era jóven, le sugirieron que Mahomet habia usurpado al erario real grandes tesoros. Ordenóle el Príncipe que dentro de quince dias diese cuentas; á que Mahomet, intrépido, respondió que no era menester esa dilacion, y que si su majestad fuese servido de ir inmediatamente con él á casa del tesorero, allí se las daría. Fué el Rey, seguido de los acusadores; pero se halló todo en tan bello orden, y con tanta exactitud ajustada la cuenta de los caudales en los libros, que nadie tuvo que decir. De allí se pasó á la casa del mismo Mahomet,

donde el Rey admiró la moderacion que habia en alhajas y adornos. Pero observando uno de los enemigos del valido la puerta de un cuarto cerrada y guarnecida con tres cadenas fuertes, se lo advirtió al Rey, el cual le preguntó qué tenia cerrado en aquel cuarto.—«Señor, respondió Mahomet, aquí guardo lo que es mio. Todo lo que hasta ahora se ha visto es de vuestra majestad.» Diciendo esto abrió la puerta. Entró el Rey en el cuarto, y volviendo á todas partes los ojos, no vió otra cosa sino las alhajas siguientes, pendiente cada una de un clavo en las paredes: una zamarra, una alforja, un cayado pastoril y una flauta. Atónito las miraba el Rey, cuando, poniéndose de rodillas delante de él Mahomet, le dijo: «Señor, este es el hábito y estos los bienes que yo tenia cuando el padre de vuestra majestad me trajo á la córte. Esto es lo que entónces tenia, y esto lo que ahora tengo. Sólo esto conozco por mio, y pues lo es, suplico con el mayor rendimiento á vuestra majestad me permita gozarlo, volviéndome al monte, de donde me extrajo mi fortuna.» Aquí, no pudiendo contener el Rey las lágrimas, le echó los brazos al generoso valido; y no contento con esta demostracion, despojándose prontamente de sus reales hábitos, se los hizo vestir á Mahomet, lo que en Persia se estima por la suprema honra que el Rey puede hacer á un vasallo. De este suceso resultó que Mahomet logró despues constantes la confianza y cariño del Príncipe, toda su vida. ¡Qué lástima que este desinteres, esta elevacion de ánimo, esta rectitud, esta moderacion, estuviesen depositados en un infiel!

§ VII.

El escollo comun que ocurre á los políticos rectos es la dificultad de tratar con verdad y desengaño á los poderosos. La adulacion es una puerta muy ancha para el favor; pero ningun ánimo noble puede entrar por ella, porque es muy baja. A todos oigo decir que aborrecen á los aduladores, y no sé si he visto alguno que no los ame. Esto consiste en que cada uno regula el valor de sus prendas más allá de el precio justo, y como el dicho de el adulador empareja con su concepto, no le tiene por adulador, sino por un hombre de talento, que hace juicio cabal de las cosas. Mas si fuere tan cuerdo, que no se tenga en más de lo que es, ó tan humilde, que no se tenga en ménos, no por eso deja el adulador de hacer su negocio. Entónces el adulado atribuye el exceso de su opinion á exceso de cariño, porque todo lo que se mira con el microscopio de el amor engrandece mucho su representacion en la idea; y en ese caso, aunque no le cree el aplauso, le estima el afecto: con que viene á ser la adulacion una red universal, donde cae todo género de peces.

Es, pues, este un medio, manejado con arte (que tambien hay aduladores fastidiosos), bastantemente seguro para negociar, pero vilísimo. Y así, ni se ha de echar mano de él, ni faltar jamas á la verdad. ¡Oh, que la verdad es desabrida! No importa; condimentos tiene la prudencia para sazónarla, y como se use de ellos, es verdad que tardará más tiempo en insinuarse el político recto en el ánimo de el poderoso, que el sórdido

lisonjero, pero al fin logrará más sólida y más alta estimacion. Lo primero debe proferir su dictámen sin aspereza, y no hacerlo sino cuando es preciso. La rigidez de el desengaño se ha de ablandar con la suavidad de el respeto. Sirvan de vehiculos la reverencia y dulzura para hacer bien admitida la propuesta. Ni ésta se debe hacer sino cuando decorosamente no puede excusarse de decir su sentir. Estas partidas celebraba el rey Teodorico en un favorecido suyo: *Sub genii nostri luce intrepidus quidem; sed reverenter adstabat, oportunè tacitus, necessariè copiosus* (1). Si la materia permite elegir tiempos, búsquense aquellos en que el genio de el poderoso está más bien templado para recibir los desengaños, encomendado este cuidado á la discrecion, que es la que entiende esta materia.

Sola viri molles aditus, et tempora noras.

Lo segundo, nunca se defienda con protervia el propio dictámen contra la opinion de el poderoso, porque esto nunca puede ser sin ofensa. Discretamente respondió el filósofo Favorino á algunos, que le culpaban de haber cedido en una disputa al emperador Adriano, diciendo, que era justo ceder á un hombre que mandaba treinta legiones.

Lo tercero, se puede endulzar lo amargo de la veracidad con una especie de adulacion, que consiste, no en palabras, sino en obras. Este nombre doy al culto, al obsequio, á la sumision, á la oficiosidad, y hacen un notable efecto para que sea bien escuchado el aviso, por cuanto muestran que el desengaño nace de una sinceridad generosa, no de un orgullo protervo. Entiéndese que el rendimiento no degenera en abyeccion de ánimo; y estaba para decir que, respecto de los superiores, siempre va la sumision defendida de ese riesgo. Habiéndole negado Dionisio, tirano de Sicilia, una demanda á Aristippo de Cirene, se postró éste á sus piés y consiguió lo que pretendia. Reprehendieron algunos aquella accion, como indigna de la gravedad de un filósofo, á que respondió Aristippo: «El que quisiere ser oido de Dionisio ha de poner la boca á sus piés, porque tiene en ellos las orejas.» El dicho es gracioso; la sumision no sé si fué excesiva.

Usando de dichas precauciones, vuelvo á asegurar que ascenderá el político recto á mucho más alto grado en la estimacion de el poderoso, que el perenne contemplativo. En llegando á persuadir de su candor á quien ya comprendió su habilidad, está seguro. Tal vez por su integridad padecerá algun desvío, y al mismo tiempo estará gozando la confianza, como le sucedió al duque de Alba con Felipe II, cuando le envió á la conquista de Portugal, que le hizo el Rey el desaire de no admitir su visita, y al mismo tiempo le estaba fiando una empresa de tanta monta. Al contrario el adulador: aunque en la conversacion y trato comun será siempre gracioso, no por eso, si el superior es algo advertido, le entrará muy adentro. Son muchos los que usan de los aduladores como los febricitantes del agua cuando les es nociva, que se enjuagan con ella, pero no la tragan. Generalmente hablando (y esta para mí es con-

(1) CASIOD., libro v, epístola 3.

clusion infalible), en igualdad de talentos, el hombre de bien, cándido, leal, agradecido, amante de la equidad y justicia, hará mayor fortuna y más segura, que el que estuviere desnudo de estas cualidades, ó tuviere las opuestas.

§ VIII.

Pero aquí me atraviesan por objeccion la experiencia comun. No se ve otra cosa en el mundo sino perversos exaltados y virtuosos abatidos; la lisonja y el engaño dominando, la verdad y el candor gimiendo. Respondo lo primero, que todo eso más es voz de la envidia que observacion de la experiencia. Confieso que se oyen esas quejas á cada paso; pero quién las articula? No los que ocupan los puestos, pues no hablarian contra sí propios; tampoco los virtuosos desatendidos, pues esos no andan fatigando al mundo con quejidos, ni mordiendo en la fama á los poderosos, ni haciéndose á sí propios la merced de ser ellos solos los beneméritos. Pues quiénes? Sólo los inhábiles y malos, que se ven despreciados. Aquellos que, ya por su ineptitud, ya por su mal proceder, se hacen indignos de toda atencion, aquellos acusan la iniquidad de la fortuna; y como son tantos, y todos mal acondicionados, hacen tanto ruido con sus quejas, que las voces que salen de su dañado pecho parecen clamores de todo el mundo. Añádese á esto que, como ningun hombre que llega á lograr algun poder puede hacer bien á todos los que mira en fortuna inferior, sino á pocos, todos aquellos á quienes no alcanza su beneficencia consideran injusta la distributiva; parecidos á los cafres, que solo adoran á Dios cuando les da buen tiempo, y se irritan contra él cuando les falta. Los mismos favorecidos, porque no lo son tanto como quisieran, suelen estar quejosos. Lo que yo, por mi experiencia, puedo asegurar es, que, habiendo tratado á algunos de estos que fueron artífices de su fortuna, los experimenté, sin comparacion, mejores que los pintaba la opinion comun.

Respondo lo segundo, que aun cuando fuese verdad que son pocos los virtuosos afortunados, nada se prueba de ahí contra lo que llevamos dicho. Si son pocos los que por el camino de la virtud hacen fortuna, dependerá de que son pocos los que buscan la fortuna por ese camino. ¿Cómo han de llegar muchos al término, siendo pocos los que se ponen á la carrera? De los verdaderos virtuosos ó santos, es cierto que ninguno solicita ascensos. Estos son como los astros, que ninguno pretende subir de aquella esfera en que Dios le pone, á otra superior. Los de virtud no tan sólida, que son de quienes vamos hablando, acompañados de las prendas que hemos dicho, en todas las repúblicas son pocos; pero esos pocos, si se aplican, aseguraré que todos negocian. Muéstreseme un hombre solo de índole excelsa, de entendimiento claro, de intencion recta, de corazon constante, urbano, fiel, veraz y piadoso, que no haya mejorado mucho su fortuna, si la buscó con diligencia. A muchos de estos (digo muchos respectivamente á su número) la fortuna los busca, aún cuando ellos la desdennan. Interésanse mucho en su elevacion los mismos que les dan la mano. Y si acaso me mostraren algunos de estos abatidos, por cada uno de ellos señalaré yo